

No era mejor el estado de los negocios para César y Antonio, reducidos en cuanto á víveres á lo muy preciso, y amenazados por el desabrigo del campamento, de un malísimo invierno; porque arrinconados á las lagunas, habiendo sobrevenido despues de la batalla las lluvias del otoño, se llenaban las tiendas de lodo y agua que luego se congelaba por el frio. Cuando tal era su situacion, les llegaron nuevas del descalabro que sus soldados habian sufrido en el mar, porque viniéndole á César tropas de Italia en bastante número, las naves de Bruto las habian acometido y destrozado, y los pocos hombres que habian podido salvarse de las manos de los enemigos, acosados del hambre, se mantenian de las velas y las maromas de junco. Oida esta noticia, se apresuraron á hacer que una batalla decidiese, antes que entendiera Bruto cuánto habia mejorado su suerte, porque en un mismo dia se habian dado ambos combates, el de tierra y el de mar, y mas bien por accidente que por maldad de los caudillos de las naves, ignoraba Bruto aquella victoria, sin embargo de mediar ya veinte dias; porque seguramente no se habria arriesgado á la segunda batalla, teniendo hechos abundantes acopios de víveres para el ejército, hallándose situado en lo mejor del pais, de manera que su campamento estaba al abrigo del invierno, y no podia ser fácilmente forzado por los enemigos; y dándole grandes esperanzas y mucho ánimo el hallarse dueño del mar, y haber vencido por tierra con el ejército de su mando. Sino que siendo ya indispensable la monarquía por no sufrir el estado de las cosas públicas el mando de muchos, Dios que queria quitar y remover el único estorbo que se oponia al que podia apoderarse de la autoridad, interceptó el camino al conocimiento de aquel próspero suceso, aun faltándole muy poco para llegar á Bruto: porque estando ya decidido al combate, el dia antes por la tarde se pasó del ejército enemigo un tal Clodio, diciendo que César noticioso de haber sido derrotada su escuadra, precipitaba la batalla; pero no se dió crédito á este anuncio, ni el que le hacia fue presentado á Bruto, por mirarle todos con desprecio, diciendo que ó lo habria oido mal, ó lo habria inventado para hablarles segun su gusto.

En aquella misma noche se dice haberse vuelto á presentar á Bruto aquel espectro, y que habiéndose aparecido de la misma manera, nada dijo, sino que luego se retiró; pero Publio Volumnio, hombre dado á la filosofia, y que desde el principio militó con Bruto, no habla de semejante prodigio, aunque dice que la primer águila se llenó de abejas; que el brazo de uno de los guias despidió sin causa conocida olor de esencia de rosa, y aunque se le lavó y limpió muchas veces, nada se adelantó; y que antes de la misma batalla se combatieron dos águilas en el espacio que mediaba entre las dos huestes, estando toda la llanura en increíble silencio, y todos mirándolo; y cedió y se retiró la que estaba á la parte de Bruto. Fue tambien muy sonado entonees lo del Etiope que abierta la puerta dió de frente con el alférez que conducia la primer águila, y que fue hecho pedazos por los soldados con las espadas para desvanecer el agüero.

Sacó en orden de batalla su hueste, y formándola al frente de los enemigos, se detuvo largo tiempo, porque al revisar el ejército concibió sospechas y se le hicieron denuncias contra algunos; y observó ademas que los de caballería no estaban muy prontos para dar principio al combate, sino que siempre era su ánimo esperar á ver cuál seria el porte de la infantería. En tanto uno de los militares mas distinguidos, premiado sobresalientemente por su valor, se apea del caballo al lado del mismo Bruto, y se pasa á los enemigos: llamábase Camulato. Mucha pesadumbre recibió Bruto al verlo; y ya con el enojo, ya con el recelo de mayores mudanzas y traiciones, marchó sin mas dilacion contra los enemigos, cuando ya el sol tocaba en la hora nona; y por su parte venia, yendo adelante y cargando él á la izquierda de los enemigos que ciaba, con lo que los de caballería se alentarón, acometiendo juntamente con la infantería á los que empezaban á desordenarse; pero como los caudillos extendiesen la otra ala para que no fuese envuelta de los enemigos, á los que era inferior en número, quedó con esto descubierto el centro, y siendo mas débil, no pudo resistir al choque contrario, sino que fue el primero en dar á huir. Los que lo cortaron, envolvieron al punto

al mismo Bruto, que con la mano y el consejo, en medio de lo mas crudo de la pelea, hizo las mas insignes obras de soldado y de general para alcanzar la victoria; pero le perdió en esta ocasion lo mismo en que tuvo ventaja en la anterior batalla; porque entonces el ala vencida de los enemigos al punto se perdió toda; pero de los soldados de Casio que fueron puestos en fuga, murieron pocos, y los que se salvaron, habiendo quedado tímidos y medrosos con la derrota, comunicaron su desaliento é indisciplina á la mayor parte del ejército. En esta division Marco, el hijo de Catón, peleando y trabajando entre los jóvenes mas ilustres y esforzados, no huyó ni se rindió, sino que obrando con la mano, mostrando quién era, y llamándose á sí mismo con el nombre paterno, cayó muerto entre muchos cadáveres de enemigos. Murieron con él muchos buenos, poniéndose delante en defensa de Bruto.

Habia entre los amigos de este un tal Lucilio, hombre de la mayor probidad, el cual viendo que unos soldados de la caballería de los bárbaros no hacian cuenta de los demas, y con empeño seguian á Bruto, se propuso servirles á todo riesgo de estorbo en sus conatos; y hallándose á espaldas de ellos á corta distancia, les dijo que él era Bruto, y se lo hizo creible con rogarles que lo condujeran ante Antonio, por cuanto temia á César, y en aquel confiaba. Celebrando ellos el encuentro, y teniéndolo á la mayor fortuna, le conducian allá, aunque ya era de noche, enviando delante algunos de los mismos que anticiparon á Antonio la noticia. Celebró tambien este, y marchó á encontrarse con los que se le traian. Corrieron allá asimismo cuantos llegaron á entender que traian vivo á Bruto; unos compadeciendo su suerte, y otros creyendo indigno de tanta gloria á un hombre que por apego á la vida habia venido á ser presa de los bárbaros. Cuando ya estaban cerca, Antonio se paró dudando cómo debería recibir á Bruto; y Lucilio ya en su presencia con el mas confiado ánimo: « A Marco Bruto, ó Antonio, dijo, no lo ha hecho ni lo hará prisionero ningun enemigo; no permita Dios que hasta este punto prevalezca la fortuna sobre la virtud; sino que está vivo, ó si muerto, habrá sido

de modo digno de él. Yo he engañado á tus soldados, y aquí me tienes que no rehusó sufrir por este crimen los mas duros tormentos. » Dicho esto por Lucilio, todos se quedaron absortos; y Antonio puesta la vista en los que le habian conducido: No será extraño, les dijo, ó camaradas, que lleveis á mal el teneros por burlados con este error; pero es bien sepais que os habeis encontrado con una presa de mas precio que la que buscábais, pues buscando un enemigo, es un amigo el que me habeis traído. Con Bruto no sé por los Dioses qué habia de haber hecho si me le hubieran presentado vivo; y me es mas grato encontrarme con tales amigos, que no con enemigos. Esto dicho, abrazó á Lucilio, y por entonces lo encomendó á uno de sus íntimos, y en adelante constantemente lo encontró siempre uno de los mas fieles y seguros amigos que tuvo.

Bruto habiendo pasado ya de noche un arroyo cuyas orillas eran escarpadas y cubiertas de matas, no fue mucho mas adelante, sino que en un sitio despejado en el que habia una piedra grande rodada, se sentó teniendo consigo á muy pocos de los caudillos y de sus amigos, y mirando al cielo poblado de estrellas pronunció dos versos, de los cuales el uno en esta sentencia nos le refirió Volumnio:

No permitas, ó Jove, se te oculte
De tantos males el autor funesto (1);

Y del otro dice que se le habia olvidado. De allí á poco, nombrando á cada uno de sus amigos muertos en la batalla, lloró principalmente sobre la memoria de Flavio y Labeon, de los cuales este era su legado, y Flavio prefecto de los operarios. En esto uno de ellos que tenia sed y conoció que Bruto la padecia igualmente, tomando su casco se encaminó al rio. Oyóse entonces ruido por uno de los lados, y Volumnio se adelantó á ver lo que era, y con él el escudero Dárdano. Volvieron de allí á poco, y preguntando por el agua, respondió Bruto á Volumnio con una modesta sonrisa: Nos la bebimos; pero se traerá otra para vosotros: y enviado él mismo estuvo muy expuesto á ser cautivado de los enemi-

(1) Es un verso de Euripides en la *Medea*.

gos, y con gran dificultad se salvó herido. Conjeturó Bruto que no habia sido mucha la gente que habia perecido en la batalla, y se ofreció Estatilio á pasar por entre los enemigos, pues de otro modo no era posible llegar al campamento, y levantando en alto una hacha encendida si lo hallaba salvo, volver otra vez á donde estaban. El hacha bien se levantó, babiendo llegado Estatilio al campamento; pero como al cabo de largo tiempo no volviese: Si Estatilio vive, dijo Bruto, no dejará de venir; pero lo que ocurrió fue que al regresar dió en los enemigos, y le quitaron la vida.

Siendo ya alta noche, se reclinó allí mismo donde se hallaba sentado, y se puso á conversar con su esclavo Clito. Como Clito nada le respondiese, echándose solo á llorar, se volvió hácia el escudero Dárdano y le dijo en secreto algunas palabras. Finalmente, recordando en lengua griega á Volumnio los estudios y cuestiones en que juntos se habian ejercitado, le incitaba á que aplicando su mano á la espada, ayudase el golpe. Rehusólo con abominacion Volumnio, y lo mismo todos los demas; y como alguno dijese que ya no convenia permanecer allí, sino huir, levantándose: Huir sin duda, repuso, mas no por pies, sino por manos; y alargándoles la diestra de uno en uno con el mas alegre semblante, les dijo ser grande el placer que tenia en que de sus amigos ninguno se habia desmentido, y solo debia culpar á la fortuna de los males de la patria; y que se reputaba á sí mismo mas feliz que los vencedores, no solo en lo anterior, sino entonces mismo, por cuanto dejaba una opinion de virtud que nunca alcanzarían estos, ni á fuerza de armas, ni á fuerza de intereses, no pudiendo desvanecer la idea de que los injustos habian oprimido á los justos, y los malos á los buenos para apoderarse de un mando que no les tocaba. Rogándoles, pues, y exhortándolos á que se salvaran, se retiró á alguna distancia con dos ó tres, de los cuales era uno Estraton, que habia contraído amistad con él con motivo del estudio de la oratoria. Colocóle, pues, á su lado, y afianzando con ambas manos la espada por la empuñadura, arrojándose sobre ella, murió; aunque algunos dicen que fue el mismo Estraton quien á fuerza de ruegos de Bruto, volvien-

do el rostro, le tuvo firme la espada, y que él arrojándose con ímpetu de pechos se habia atravesado el cuerpo, quedando al golpe muerto.

A este Estraton, Mesala, que era amigo de Bruto, reconciliado con César se lo recomendó cuando tuvo oportunidad, diciéndole no sin llanto: Este es, ó César, el que á mi Bruto le sirvió, pagándole el último oficio. Admitióle César, á quien asistió en los trabajos y combates de Accio, entre los apreciables Griegos que tuvo entonces á su lado. De Mesala dicen que César le alabó mas adelante, porque habiendo sido denodado en Filipos por Bruto, y mostrándose despues acérrimo en Accio, le habia dicho: Yo, César, siempre soy de la autoridad y partido que tiene á su favor la razon y la justicia. A Bruto le encontró ya muerto Antonio, y dió el mejor de sus mantos de púrpura para que envolvieran el cuerpo; y habiendo sabido despues que habia sido sustraído, hizo dar muerte al que lo sustrajo. Las cenizas las envió á la madre de Bruto, Servilia; y de Porcia, mujer del mismo Bruto, refieren el filósofo Nicolao y Valerio Máximo (1) que queriendo darse muerte, y no dejándole lugar ni medio para ello sus amigos, que la observaban y guardaban continuamente, se tragó un ascua encendida, y cerrando y apretando la boca, de este modo pereció. Corre sin embargo una carta de Bruto á sus amigos, en la que se quejaba y les echaba en cara que habian abandonado á Porcia y dado lugar á que de enfermedad se dejara morir. Parece, pues, que Nicolao no tenia conocimiento del tiempo, porque de lo ocurrido á Porcia, de su amor y del modo de su muerte, da noticia la misma carta, si acaso es de las legítimas.

(1) Dijo también Marcial en un hermoso epigrama, que es el XLII del libro I, lo que prueba que así lo conservaba la tradicion. El epigrama, aunque imperfectamente, puede traducirse así:

Al oír Porcia de su esposo Bruto
El hado infausto, en su dolor buscaba
Armas que le robara un zelo amigo.
Mas ella entonces ¡ignorais, les dice,
Que el impedir la muerte empeño es vano!
¡De mi padre el ejemplo no os lo enseña!
Dijo; y cual agua bebe ardientes brasas.
Vé ahora y quita á mi resuelta mano,
Turba molesta, el homicida acero.